

del *Gesta Romanorum* (1). Pero son tan numerosos los libros profanos y devotos que contienen la ejemplar historia del calumniador que ardió en el horno encendido para el inocente, que es casi superflua esta averiguación, y todavía lo sería más insistir en una leyenda tan famosa y universalmente divulgada, que se remonta al *Somadeva* y á los cuentos de *Los Siete Visires* (sin contar otras versiones en árabe, en bengalí y en turco), que tiene en la Edad Media tantos paradigmas, desde el *fabliau francés* del rey que quiso hacer quemar al hijo de su senescal, hasta nuestra leyenda del paje de Santa Isabel de Portugal, cantada ya por Alfonso el Sabio (2), y que, después de pasar por infinitas transformaciones, todavía prestó argumento á Schiller para su bella balada *Fridolin*, imitada de una novela de Restif de la Bretonne.

Lo que sí advertiremos es que el cuento de Timoneda, lo mismo que la versión catalana del siglo xv, servilmente traducida del *fabliau francés* (3), pertenecen á la primitiva forma de la leyenda oriental, que es también la más grosera y menos poética, en que el acusado no lo es de adulterio, como en las posteriores, sino de haber dicho que el rey tenía lepra ó mal aliento (4).

La *patraña catorcena* es el cuento generalmente conocido en la literatura *folklórica* con el título de *El Rey Juan y el Abad de Cantorbery*. No creo, por la razón cronológica ya expuesta, que Timoneda le tomase de la novela 4.^a de Sacchetti (5), que es mucho más complicada por cierto, ni tampoco del canto 8.^o del *Orlandino* de Teófilo Folengo, donde hay un episodio semejante. Este cuento vive en la tradición oral, y de ella hubo de sacarle inmediatamente Timoneda, por lo cual tiene más gracia y frescura y al mismo tiempo más precisión esquemática que otros suyos, zurcidos laboriosamente con imitaciones literarias. Todos hemos oído este cuento en la infancia y en nuestros días le ha vuelto á escribir Trueba con el título de *La Gramática parda* (6). En Cataluña la solución de las tres preguntas se atribuye al Rector de Vallfogona, que carga allí con la paternidad de todos los chistes, como Quevedo en Castilla. Quiero transcribir la versión de Timoneda, no sólo por ser la más antigua de las publicadas en España y quizá la más fiel al dato tradicional, sino para dar una muestra de su estilo como cuentista, más sabroso que limado.

“Queriendo cierto rey quitar el abadía á un muy honrado abad y darla á

(1) *Gesta Romanorum*, ed. Oesterley, p. 300, y una rica serie de referencias en la página 749.

(2) Cantiga 78. Parece haber venido de Provenza. El conde de Tolosa es quien manda quemar á su privado.

(3) Publicada por Morel-Fatio en la *Romanía*, t. V, con una noticia muy interesante de Gastón París.

(4) Opina Gastón París que los cuentos occidentales de la primera serie (lepra, mal aliento) proceden de una de las dos versiones árabes, y los de la segunda serie (adulterio) de la otra, por intermedio de un texto bizantino.

(5) “Messer Bernabò signore di Melano comanda a uno Abate, che lo chiarisca di quattro cosa impossibili, di che uno mugnajo, vestitosi de' panni dello Abate, per lui le chiarisce in forma che rimane Abate, e l'Abate rimane mugnajo.”

(*Novelle di Franco Sacchetti...* T. I, pp. 7-10.)

(6) En sus *Cuentos Populares*.

“otro por ciertos revolvedores, llamóle y díxole: “Reverendo padre, porque soy informado que no sois tan docto cual conviene y el estado vuestro requiere, por pacificación de mi reino y descargo de mi consciencia, os quiero preguntar tres preguntas, las cuales, si por vos me son declaradas, hareis dos cosas: la una que queden mentirosas las personas que tal os han levantado; la otra que os confirmaré para toda vuestra vida el abadía, y si no, habreis de perdonar”. A lo cual, respondió el abad: “Diga vuestra alteza, que yo haré toda mi posibilidad de habellas de declarar”. “Pues sus, dijo el rey. La primera que quiero que me declareis es que me digais yo cuánto valgo; y la segunda, que adonde está el medio del mundo, y la tercera, qué es lo que yo pienso. Y porque no penseis que os quiero apremiar que me las declareis de improviso, andad, que un mes os doy de tiempo para pensar en ello”.

“Vuelto el abad á su monasterio, por más que miró sus libros y diversos autores, por jamás halló para las tres preguntas respuesta ninguna que suficiente fuese. Con esta imaginación, como fuese por el monasterio argumentando entre sí mismo muy elevado, díjole un día su cocinero: “¿Qué es lo que tiene su paternidad?” Celándose el abad, tornó á replicar el cocinero diciendo: “No dexé de decírmelo, señor, porque á veces debajo de ruin capa yace buen bebedor, y las piedras chicas suelen mover las grandes carretas”. “Tanto se lo importunó, que se lo hubo de decir. Dicho, dixo el cocinero: “Vuestra paternidad haga una cosa, y es que me preste sus ropas, y raparéme esta barba, y como le parezco algún tanto y vaya de par de noche en la presencia del rey, no se dará á cato del engaño; así que teniéndome por su paternidad, yo le prometo de sacarle deste trabajo, á fe de quien soy”.

“Concediéndose el abad, vistió el cocinero de sus ropas, y con su criado detrás, con toda aquella cerimonia que convenía, vino en presencia del rey. “El rey, como le vido, hizole sentar cabe de sí diciendo: “Pues ¿qué hay de nuevo, abad?” Respondió el cocinero: “Vengo delante de vuestra alteza para satisfacer por mi honra”. “¿Así? dijo el rey: veamos qué respuesta traeis á mis tres preguntas”. Respondió el cocinero: “Primeramente á lo que me preguntó vuestra alteza que cuánto valía, digo que vale veinte y nueve dineros, porque Cristo valió treinta. Lo segundo, que donde está el medio mundo es á do tiene su alteza los pies; la causa que como sea redondo como bola, adonde pusieren el pié es el medio dél; y esto no se me puede negar. “Lo tercero que dice vuestra alteza, que diga qué es lo que piensa, es que cree hablar con el abad, y está hablando con su cocinero”. Admirado el rey desto, dixo: “Qué, ¿éso pasa en verdad?” Respondió: “Sí, señor, que soy su cocinero, que para semejantes preguntas era yo suficiente, y no mi señor el abad”. Viendo el rey la osadía y viveza del cocinero, no sólo le confirmó la abadía para todos los días de su vida, pero hizole infinitas mercedes al cocinero”.

Sobre el argumento de la *patraña* 12.^a versa una de las piezas que Timoneda publicó en su rarísima *Turiana: Paso de dos ciegos y un mozo muy*

gracioso para la noche de Navidad (1). Timoneda fue editor de estas obras, pero no consta con certeza que todas salieran de su pluma. De cualquier modo, el *Paso* estaba escrito en 1563, antes que el cuentecillo de *El Patrañuelo*, al cual aventaja mucho en desenfado y chiste. Con ser tan breves el *paso* y la *patraña*, todavía es verosímil que procedan de alguna floresta cómica anterior (2).

Aunque Timoneda no sea precursor inmediato de Cervantes, puesto que entre el *Patrañuelo* y las *Novelas Ejemplares* se encuentran, por lo menos, cuatro colecciones de alguna importancia, todas, excepto la portuguesa de Troncoso, pertenecen á los primeros años del siglo XVII, por lo cual, antes de tratar de ellas, debo decir dos palabras de los libros de anécdotas y chistes, análogos al *Sobremesa*, que escasean menos, si bien no todos llegaron á imprimirse y algunos han perecido sin dejar rastro.

Tal acontece con dos *libros de cuentos varios* que D. Tomás Tamayo de Vargas cita en su *Junta de libros la mayor que España ha visto en su lengua*, de donde pasó la noticia á Nicolás Antonio. Fueron sus autores dos clarísimos ingenios toledanos: Alonso de Villegas y Sebastián de Horozco, aventajado el primero en géneros tan distintos como la prosa picaresca de la *Comedia Selvagia* y la narración hagiográfica del *Flos Sanctorum*; poeta el segundo de festivo y picante humor en sus versos de burlas, incipiente dramaturgo en representaciones, entremeses y coloquios que tienen más de profano que de sagrado; narrador fácil y ameno de sucesos de su tiempo; colector incansable de memorias históricas y de proverbios; ingenioso moralista con puntas de satírico en sus glosas. Las particulares condiciones de estos autores, dotados uno y otro de la facultad narrativa en grado no vulgar, hace muy sensible la pérdida de sus cuentos, irreparable quizá para Alonso de Villegas, que entregado á graves y religiosos pensamientos en su edad madura, probablemente haría desaparecer estos livianos ensayos de su mocedad, así como pretendió con ahinco, aunque sin fruto, destruir todos los ejemplares de su *Selvagia*, comedia del género de las *Celestinas* (3). Pero no pueden

(1) Saldrá reimpresso muy pronto por la Sociedad de Bibliófilos de Valencia con las demás piezas dramáticas de Timoneda.

(2) La *patraña* sexta tiene seguramente origen italiano, como casi todas; pero no puede ser la novela cuarta de Sercambi de Luca, citado á este propósito por Liebrecht, porque los cuentos de este autor del siglo XV estuvieron inéditos hasta 1816, en que imprimió Gamba algunos de ellos. Más bien puede pensarse en la novela nona de la primera década de los *Hecatommithi* de Giraldo Chinthio: "Filargiro perde una borsa con molti scudi, promette, per publico bando, a chi gliela dà buon guiderdone; poi che 'l ha ritrovata, cerca di non servar la promessa, et egli perde i ritrovati denari in castigo della sua frode."

(*Hecatommithi ovvero Novelle di M. Giovannattista Giraldo Cinthio nobile ferrarese... Di nuovo rivedute, corrette, et riformate in questa terza impressione In Vinegia, appresso Enea de Alaris 1574. PP. 84-85.*)

Es curiosa esta *patraña* de Timoneda, porque de ella pudo tomar Cervantes el chiste del asno desrabado del aguador, para trasplantarle á *La ilustre fregona*, como ya indicó Gallardo (*Ensayo*, III, 738). Por cierto que de este asno no hay rastro en la novela de Giraldo, que sólo tiene una semejanza genérica con la de Timoneda, y tampoco me parece su fuente directa.

(3) "*Selvagia Comedia ad Celestinæ imitationem olim confecerat, quam tamen sup-*

presumirse tales escrúpulos en Sebastián de Horozco, que en su *Cancionero* tantas veces traspasa la raya del decoro, y que toda su vida cultivó asiduamente la literatura profana. Conservemos la esperanza de que algún día desentierre cualquier afortunado investigador su *Libro de cuentos*; del modo que han ido apareciendo sus copiosas relaciones históricas, su *Recopilación de refranes y adagios comunes y vulgares de España*, que no en vano llamó "la mayor y más copiosa que hasta ahora se ha hecho", puesto que, aun incompleta como está, comprende más de ocho mil; y su *Teatro universal de proverbios*, glosados en verso, donde se encuentran incidentalmente algunos "cuentos graciosos y fabulas moralizadas", siguiendo el camino abierto por Juan de Mal Lara, pero con la novedad de la forma métrica (1).

En su entretenido libro *Sales Españolas* ha recopilado el docto bibliotecario D. Antonio Paz y Melia, á quien tantos obsequios del mismo género deben nuestras letras, varias pequeñas colecciones de cuentos, inéditas hasta el presente. Una de las más antiguas es la que lleva el título latino de *Liber facetiarum et similitudinum Ludovici di Pinedo et amicorum*, aunque esté en castellano todo el contexto (2). Las *facecias* de Pinedo, como las de Poggio, parecen, en efecto, compuestas, no por una sola persona, sino por una tertulia ó reunión de amigos de buen humor, comensales acaso de D. Diego de Mendoza ó formados en su escuela, según conjetura el editor, citando palabras textuales de una carta de aquel grande hombre, que han pasado á uno de los cuentos (3). De todos modos, la colección debió de ser formada en los prime-

"primere maxime voluit curavitque jam major annis, totusque studio pietatis deditus." (Bibl. Hisp. Nov., I, p. 55.)

(1) Trata extensamente de ambas colecciones, inéditas aún, D. Antonio Martín Gamero en las eruditas Cartas literarias que preceden al *Cancionero de Sebastián de Horozco* publicado por la Sociedad de Bibliófilos Andaluces (Sevilla, 1874).

Computo Horozco otros opúsculos de curiosidad y donaire, entre ellos unos coloquios (en prosa) de varios personajes con el Eco. Dos de los interlocutores son un fraile contento y una monja descontenta (Vid. apéndice al *Cancionero*, p. 263 y ss.).

Hijo de este ingenioso escritor y heredero suyo en la tendencia humorística y en la afición á los proverbios fué el famoso lexicógrafo D. Sebastián de Cobarrubias y Horozco, de cuyo *Tesoro de la lengua castellana* (Madrid, 1600), que para tantas cosas es brava mina, pueden extraerse picantes anécdotas y chistosos rasgos de costumbres.

También en el *Vocabulario de refranes* del Maestro Gonzalo Correas, recientemente dado á luz por el P. Mir, se encuentran datos útiles para la novelística. Sirva de ejemplo el cuento siguiente, que corresponde al ejemplo 43 de *El Conde Lucanor* ("del cuerdo y del loco"), pero que no está tomado de aquel libro, sino de la tradición vulgar:

"En Chinchilla, lugar cerca de Cuenca, había un loco que, persuadido de holgazanes, llevaba un palo debajo de la falda, y en viniendo algún forastero, se llegaba á él con disimulación, preguntándole de dónde era y á qué venía, le daba tres ó cuatro palos, con lo que los otros se reían, y luego los apaciguaban con la excusa de ser loco. Llegó un manchego, y tuvo noticia en la posada de lo que hacía el loco, y previnose de un palo, acomodado debajo de su capa, y fuese á la plaza á lo que había menester. Llegóse el loco, y adelantóse el manchego y dióle muy buenos palos, con que le hizo ir huyendo, dando voces y diciendo: ¡Gente, cuidado, que otro loco hay en Chinchilla!".

Otros cuentos están tomados de la *Floresta* de Santa Cruz.

(2) *Sales españolas ó agudezas del ingenio nacional recogidas por A. Paz y Melia*. Madrid, 1890. (En la *Colección de Escritores Castellanos*, pp. 253-317.)

(3) "En las Cortes de Toledo fuisteis de parecer que pechasen los hijodalgo; allí os acuchillasteis con un alguacil, y habeis casado vuestra hija con Sancho de Paz: no trateis de honra, que el rey tiene harta". (Carta al Duque del Infantado.) (Cf. Pinedo, página 272.)

ros años del reinado de Felipe II, pues no alude á ningún suceso posterior á aquella fecha. El recopilador era, al parecer, castellano viejo ó había hecho, á lo menos, larga residencia en tierra de Campos, porque se muestra particularmente enterado de aquella comarca. El *Libro de chistes* es anterior sin disputa al *Sobremesa* de Timoneda y tiene la ventaja de no contener más que anécdotas españolas, salvo un pequeño apólogo de la Verdad y unos problemas de aritmética recreativa. Y estas anécdotas se refieren casi siempre á los personajes más famosos del tiempo de los Reyes Católicos y del Emperador, lo cual da verdadero interés histórico á esta floresta. No creo que Melchor de Santa Cruz la aprovechase, porque tienen muy pocos cuentos comunes, y aun éstos referidos con muy diversas palabras. Pero los personajes de uno y otro cuentista suelen ser los mismos, sin duda porque dejaron en Castilla tradicional reputación de sentenciosos y agudos, de burlones ó de extravagantes: el médico Villalobos, el duque de Nájera, el Almirante de Castilla, el poeta Garci Sánchez de Badajoz, que por una amorosa pasión adoleció del seso. Por ser breves, citaré, sin particular elección, algunos de estos cuentecillos, para dar idea de los restantes.

Sobre el saladísimo médico Villalobos hay varios, y en casi todos se alude á su condición de judío converso, que él mismo convertía en materia de chistes, como es de ver á cada momento en sus cartas á los más encopetados personajes, á quienes trataba con tan cruda familiaridad. Los dichos que se le atribuyen están conformes con el humor libre y desgarrado de sus escritos.

“El Dr. Villalobos tenía un acemilero mozo y vano, porque decía ser de la Montaña y hidalgo. El dicho Doctor, por probarle, le dijo un día: “Ven acá, hulano; yo te querría casar con una hija mía, si tú lo toveses por bien”. El acemilero respondió: “En verdad, señor, que yo lo hiciese por haceros placer; mas ¿con qué cara tengo de volver á mi tierra sabiendo mis parientes que soy casado con vuestra hija?” Villalobos le respondió: “Por cierto tú haces bien, como hombre que tiene sangre en el ojo; mas yo te certifico que no entiendo ésta tu honra, ni aun la mía”.

“Dijo el Duque de Alba D. Fadrique al doctor Villalobos: “Parésceme, señor doctor, que sois muy gran albeitar”. Respondió el doctor: “Tiene V. S.ª razón, pues curo á un tan gran asno”.

“El doctor Villalobos, estando la corte en Toledo, entró en una iglesia á oír misa y púsose á rezar en un altar de la Quinta Angustia, y á la sazón que él estaba rezando, pasó por junto á él una señora de Toledo que se llama Doña Ana de Castilla, y como le vió, comienza á decir: “Quitadme de cabo este judío que mató á mi marido”, porque le había curado en una enfermedad de la que murió. Un mozo llegóse al Doctor Villalobos muy de prisa, y díjole: “Señor, por amor de Dios, que vays que está mi padre muy malo, á verle”. Respondió el doctor Villalobos: “Hermano, ¿vos no veis aquella que va allí vituperándome y llamándome judío porque maté á su marido?” Y señalando al altar: “Y ésta que está aquí llorando y cabizbaja porque dice que le maté su hijo, ¿y queréis vos que vaya ahora á matar a vuestro padre?”.

El Duque de Nájera, á quien se refiere la curiosa anécdota que voy á transcribir, no es el primero y más famoso de su título, D. Pedro Manrique de Lara, á quien por excelencia llamaron *el Fuerte*, sino un nieto suyo que heredó el ingenio más bien que la fortaleza caballeresca de su terrible abuelo. La anécdota es curiosa para la historia literaria, porque prueba el temor que infundía en su tiempo la pluma maldiciente y venal de Pedro Aretino.

“El Duque de Nájera y el Conde de Benavente tienen estrecha amistad entre sí, y el Conde de Benavente, aunque no es hombre sabio ni leído, ha dado, sólo por curiosidad, en hacer librería, y no ha oído decir de libro nuevo cuando le merca y le pone en su librería. El Duque de Nájera, por hacerle una burla, estando con él en Benavente, acordó de hacerla desta manera: que hace una carta fingida con una memoria de libros nunca oídos ni vistos ni que se verán, los cuales enviaba Pedro Aretino, italiano residente en Venecia, el cual, por ser tan mordaz y satírico, tiene salario del Pontífice, Emperador, Rey de Francia y otros Príncipes y grandes, y en llegando al tiempo de la paga, si no viene luego, hace una sátira ó comedia ó otra obra que sepa á esto contra el tal.

”Esta carta y memoria de libros venía por mano de un mercader de Burgos, en la cual carta decía que en recompensa de tan buena obra como á Su Señoría había hecho Pedro Aretino, que sería bien enviarle algun presente, pues ya sabía quién era y cuán maldiciente. La carta se dió al Conde y la memoria, y como la leyese y no entendiese la facultad de los libros, ni aun el autor, mostróla al Duque como á hombre más leído y visto, el cual comienza á ensalzar la excelencia de las obras, y que luego ponga por obra de gratificar tan buen beneficio á Pedro Aretino, que es muy justo. El Conde le preguntó que qué le parecía se le debía enviar. El Duque respondió que cosa de camisas ricas, lençuelos, toallas, guantes aderezados y cosas de conserva y otras cosas de este jaez. En fin, el Duque señalaba lo que más á su propósito hacía, como quien se había de aprovechar de ello más que Pedro Aretino. El Conde puso luego por la obra el hacer del presente, que tardaron más de un mes la Condesa y sus damas y monasterios y otras partes, y hecho todo, enviólo á hacer saber al Duque, y dase orden que se lleve á Burgos, para que desde allí se encamine á Barcelona y á Venecia, y trayan los libros de la memoria; la cual orden dió despues mejor el Duque, que lo hizo encaminar á su casa y recámara. Y andando el tiempo, vino á saber el Conde, y estuvo el más congoxado y desabrido del mundo con la burla del Duque, esperando sazón para hacerle otra para satisfaccion de la recibida”.

Aun en libros de tan frívola apariencia como éste pueden encontrarse á veces curiosidades históricas. Lo es, por ejemplo, el siguiente cuentecillo, que prueba la persistencia de los bandos de la Edad Media en las provincias septentrionales de España hasta bien entrado el siglo XVI.

“En un lugar de la Montaña que llaman Lluena hay un clérigo que es cura del lugar, que llaman Andrés Diaz, el cual es Gil, y tiene tan gran enemistad con los Negretes como el diablo con la cruz. Estando un dia diciendo

misa á unos novios que se velaban, de los principales, y como fuese domingo y se volviese á echar las fiestas, y viese entre los que habían venido á las bodas algunos Negretes, dijo: "Señores, yo querría echar las fiestas; mas vi los "diablos y hánseme olvidado". Y sin más, volvióse y acabó la misa; y al echar del agua bendita, no la quiso echar á los Negretes solos, diciendo en lugar de *aqua benedicta*: "Diablos fuera".

Con los nombres famosos de Suero de Quiñones y D. Enrique de Villena y las tradiciones relativas á la magia de éste se enlaza la siguiente conseja:

"Contaba Velasco de Quiñones que Suero de Quiñones, el que guardó el paso de Orbigo por defender que él era el más esforzado, y Pedro de Quiñones y Diego, sus hermanos, sabio y gentil hombre, rogó á D. Enrique de Villena le mostrase al demonio. Negábase el de Villena; pero al cabo, vencido por sus ruegos, invitó un día á comer á Suero, sirviéndoles de maestresala el demonio. Era tan gentil hombre, y tan bien tratado y puesto lo que traía, que Suero le envidiaba y decía á su hermano que era más gentil hombre que cuantos hasta allí viera. Acabada la comida, preguntó enojado á D. Enrique quién era aquel maestresala. D. Enrique se reía. Entró el maestresala en la cámara donde se había retraído, y arrimóse á una pared con gran continencia, y preguntó otra vez quién era. Sonrióse D. Enrique y dijo: "El demonio". Volvió Suero á mirarle, y como le vió, puestas las manos sobre los ojos, á grandes voces dijo: "¡Ay Jesús, ay Jesús!" Y dió consigo en tierra por baxo de una mesa, de donde le levantaron acontecido. ¡Qué hiciera á verlo en su terrible y abominable figura!".

En un libro de pasatiempo y chistes no podía faltar alguno á costa de los portugueses. Hay varios en la floresta de Pinedo, entre los cuales elijo por menos insulso el siguiente:

"Hacían en un lugar la remembranza del prendimiento de Jesucristo, y como acaso fuesen por una calle y llevase la cruz á cuestras, y le fuesen dando de empujones y de palos y puñadas, pasaba un portugués á caballo, y como lo vió apeóse, y poniendo mano á la espada, comenzó á dar en los sayones de veras, los cuales, viendo la burla mala, huyeron todos. El portugués dijo: "¡Corpo de Deus con esta ruyn gente castellana!" Y vuelto al Cristo con enojo, le dijo: "E vos, home de bien, ¿por qué vos dejais cada año prender?".

Pero la obra maestra de este género de pullas, cultivado recíprocamente por castellanos y portugueses, y que ha contribuído más de lo que parece á fomentar la inquina y mala voluntad entre los pueblos peninsulares (1), son las célebres *Glosas al Sermón de Aljubarrota*, atribuídas en manuscritos del siglo XVI á D. Diego Hurtado de Mendoza, como otros varios papeles de donaire, algunos evidentemente apócrifos. No responderé yo tampoco de la atribución de estas *glosas*, puesto que en ellas mismas se dice que el autor

(1) En el mismo tomo de las *Sales* (p. 331) puede verse una carta burlesca del portugués Thomé Ravelo á su mujer, fecha en el cerco de Badajoz de 1658, y una colección de epitafios y dichos portugueses (p. 391). En cambio, un códice del siglo XVII que poseo está lleno de epitafios y versos soeces contra los castellanos.

era italiano (1), si bien esto pudo ponerse para disimular, siendo por otra parte tan castizo el picante y espeso sabor de este opúsculo. Además, el autor, quien quiera que fuese, supone haber oído el sermón en Lisboa el año de 1545 (2) y precisamente durante todo aquel año estuvo D. Diego de embajador en el Concilio de Trento. Todas estas circunstancias hacen muy sospechosa la autenticidad de esta sátira, aunque no menoscaben su indisputable gracejo.

El tal sermón de circunstancias, lleno de hipérboles y fanfarronadas, en conmemoración del triunfo del Maestre de Avis contra D. Juan I de Castilla, sirve de texto ó de pretexto á una copiosa antología de chascarrillos, anécdotas, dicharachos extravagantes, apodos, motes y pesadas zumbas, no todas contra portugueses, aunque éstos lleven la peor parte. El principal objeto del autor es hacer reír, y ciertamente lo consigue, pero ni él ni sus lectores debían de ser muy escrupulosos en cuanto á las fuentes de la risa. Algún cuento hay en estas glosas, el del portugués Ruy de Melo, verbigracia, que por lo cínico y brutal estaría mejor entre las del *Cancionero de Burlas*; otros, sin llegar á tanto, son nauseabundos y mal olientes; pero hay algunos indisputablemente graciosos, sin mezcla de grosería; los hay hasta delicados, como el del huésped aragonés y el castellano, rivales en cortesía y gentileza (3); y hay, finalmente (y es lo que da más precio á este género de *s.lvas* y *florestas*), hechos y dichos curiosos de la tradición nacional. Baste citar el *ejemplo* siguiente, que tiene cierta fiereza épica:

"Sólo quiero decir aquí de un gallego que se decía Alvaro Gonzalez de Ribadeneira, que estando en la cama para morir, los hijos, con deseo de poner en cobro el alma de su padre, fueron á la cama y preguntáronle si en las diferencias pasadas del obispo de Lugo y las que tuvo con otros señores, si tenía algo mal ganado que lo declarase, que ellos lo restituirían; por tanto, que dijese el título que á la hacienda dejaba y tenía. Lo cual, como oyese el viejo, mandó ensillar un caballo, y levantóse como mejor pudo, y subióse en él, y tomando una lanza, puso las piernas al caballo y envistió á la pared y quebró la lanza en piezas, y volviendo á sus hijos, dijo: "El título con que

(1) "Seguiré como texto el proceso y propias palabras que el predicador llevó, y los puntos que encareció, y esto en lengua portuguesa; y en lo castellano entretejeré como glosa interlineal ó comento la declaración que me pareciere; aunque en estas lenguas temo cometer malos acentos, porque *siendo italiano de nacion*, mal podré guardar rigor de elocuencia ajena, dado que en lo castellano seré menos dificultoso, por ser gente muy tratada en Roma, que es nuestra comun patria, y en Lisboa no estuve año entero."

Sales Españolas, I, p. 108.

(2) "Este es un sermón que un reverendo Padre, portugués de nacion, y profesion augustino, predicó en Lisboa en Nuestra Señora de Gracia, vigilia de su Assumpcion... y vuelto á mi posada, formé escrúpulo si dejaba de escribir lo que en el púlpito oí predicar... Viniéndome luego la vía de Castilla, posé en Evora, do á la sazón estaba el Rey en la posada y casa del embajador de Castilla, Lope Hurtado de Mendoza". (*Sales Españolas*, I, 104-107.) De aquí vendría probablemente la confusión del *Lope* con *D. Diego*.

(3) "Lo cual bien experimentó un francés españolado viniendo á Portugal, y fué que partiendo de Narbona para Lisboa, le dijo un amigo suyo: Pues entráis en España, sed curioso en conocer las gentes della, porque en Aragon, por donde primero habeis de pasar, vereis que la gente es muy prima, y en Castilla nobles y bien criados"... (suprimo lo relativo á Portugal, que es de una grosería intolerable).

"Pues comenzando su camino, que venia de priesa, rogó á su huesped aragonés que

"os dejo ganada la hacienda y honra ha sido éste; si lo supiéredes sustentar, para vosotros será el provecho, y si no, quedad para ruines". Y volvióse á la cama, y murió".

No nos detendremos en el cuaderno de los *Cuentos de Garibay* que posee la Academia de la Historia (1), porque la mayor parte de estos cuentos pasaron casi literalmente á la *Floresta Española* de Melchor de Santa Cruz. Si el recopilador de ellos fué, como creemos, el historiador guipuzcoano del mismo apellido, que pasó en Toledo la última parte de su vida, allí mismo pudo disfrutar Santa Cruz su pequeña colección manuscrita é incorporarla en la suya, más rica y metódica que ninguna de las precedentes y de las posteriores.

Poco sabemos de las circunstancias personales de este benemérito escritor, salvo que era natural de la villa de Dueñas en Castilla la Vieja y vecino de la ciudad de Toledo. Su condición debía de ser humilde y cortos sus estudios, puesto que dice en el prólogo de sus *Cien Tratados*: "Mi principal intento fue solamente escribir para los que *no saben leer más de romance, como yo, y no para los doctos*". Y dedicando al Rey D. Felipe el Prudente la segunda parte de dicha obra, da á entender otra vez que toda su lectura era de libros en lengua vulgar: "El sosiego tan grande y dichosa paz que en los bienaventurados tiempos de Vuestra Magestad hay, son causa que florezcan en ellos todas las buenas artes y honestos ejercicios; y que no solamente los hombres doctos, mas *los ignorantes como yo*, se ocupen en cosas ingeniosas y eruditas, cada uno conforme á su posibilidad. Yo, poderosísimo señor, he sido siempre aficionado á gastar el tiempo en leer buenos libros, *principal* los morales que en nuestra lengua yo he podido haber (que no han sido pocos), de donde he sacado estas sentencias".

Todos sus trabajos pertenecen, en efecto, á la literatura vulgar y paremiológica. Los *Cien Tratados* (2) son una colección de máximas y sentencias

le llamase cuando quisiese amanecer. El cual lo hizo así, poniendo al par de sí una caja con ciertas joyas de su mujer; y como estuviese el cielo oscuro, dijo el francés: ¿En qué conoecis que quiere amanecer, señor huésped? Y él dixo: Presto será de día, y véolo en el aljofar y perlas de mi mujer, que están frias con la frescura del alba. El frances confesó hasta allí no haber sabido aquel primor.

"Entrando en Castilla, y llegando á Toledo en casa de un ciudadano, que de su voluntad le llevó á su posada, rogóle tambien le despertase antes que amaneciese. Acostados, pues, el uno cerca del otro en una pieza grande, cuando queria amanecer, un papagayo que allí estaba hizo ruido con las alas. Y como el huésped toledano sintiese que el frances estaba despierto, dixo, casi hablando entre sí: Mucho ruido hace este papagayo. El frances, que lo oyó, preguntó qué hora era. El toledano respondió que presto amanecería. Pues ¿por qué no me lo habeis dicho? dijo el frances. El castellano dixo: Pues me compeleis, yo os lo diré. Pareciome caso de menos valer, recibiendo yo en mi casa un huésped de mi voluntad, tal cual vuestra merced es, decirle se partiese della; y porque anoche me rogastes os despertase, sintiendo que estábades despierto, dije que el papagayo hacia ruido para que si quisiédes partiros entendiédes que el pájaro se alteraba con la venida de la mañana, y si quisiédes reposar, lo hiciédes, viendo que no aceleraba yo vuestra partida. Dixo el frances entonces: Agora veo y conozco la buena cortesia y nobleza que de Castilla siempre me han dicho." (*Sales*, I, 171-172.)

(1) Publicado por el Sr. Paz y Melia en el tomo II de las *Sales Españolas* (páginas 35-69).

(2) *Libro primero de los cien tratados. Recopilado por Melchior de Sancta Cruz de Dueñas. De notables sentencias, assi morales como naturales, y singulares avisos*

morales en tercetos ó ternarios de versos octosílabos, imitando hasta en el metro los *Treientos Proverbios, Consejos y avisos muy provechosos para el discurso de nuestra humana vida* del abogado valenciano D. Pedro Luis Sanz (1). Del mismo modo, la *Floresta*, cuya primera edición es de 1574 (2), fué indudablemente sugerida por el *Sobremesa* de Timoneda. Pero el plan de Santa Cruz es más vasto y envuelve un conato de clasificación seguido con bastante regularidad, que hace fácil el manejo de su librito.

Aunque Melchor de Santa Cruz da á entender que no sabía más lengua que la propia, no le creo enteramente forastero en la italiana, de tan fácil inteligencia para todo español, y me parece muy verosímil, aunque no he tenido ocasión de comprobarlo, que conociese y aprovechara las colecciones de *Fazecie, motti, buffonerie et burle* del Piovano Arlotto, del Gonella y del Barlacchia; las *Facezie et motti arguti di alcuni eccellentissimi ingegni* de Ludovicico Domenichi (1547); las *Hore di recreazione* de Ludovico Guicciardini, no traducidas en aquella fecha al castellano, y algunas otras ligeras producciones de la misma índole que la *Floresta*. Y aun suponiendo que no las hubiese visto en su original, las conocía indirectamente á través de Timoneda, sin contar con los chistes que se hubiesen incorporado en la tradición oral. Pero estos cuentos son fáciles de distinguir del fondo indígena de la *Floresta*, cuyo verdadero carácter señala perfectamente el autor en su dedicatoria á D. Juan de Austria.

"En tanta multitud de libros como cada día se imprimen y en tan diversas é ingeniosas invenciones, que con la fertilidad de los buenos ingenios de nuestra nación se inventan, me pareció se habían olvidado de una no menos agradable que importante para quien es curioso y aficionado á las cosas propias de la patria, y es la recopilación de sentencias y dichos notables de españoles. Los cuales, como no tengan menos agudeza, ni menos peso ó gravedad que los que en libros antiguos están escritos, antes en parte, como luego diré, creo que son mejores, estoy maravillado qué ha sido la causa que no haya habido quien en esto hasta ahora se haya ocupado. Yo, aunque *hombre de ningunas letras* y de poco ingenio, así por intercesión de algunos amigos,

para todos estados. En tercetos castellanos.—Libro segundo de los cien tratados, etc. Ambas partes, impresas en Toledo, por Diego de Ayala, 1576, son de gran rareza.

(1) Opúsculo gótico, sin lugar ni año, dedicado al Duque de Calabria. Salvá, que poseía un ejemplar, le supone impreso en Valencia, hacia 1535. Los que Sanz y Santa Cruz llaman tercetos y mejor se dirían ternarios para distinguirlos de los tercetos endecasílabos, están dispuestos en esta forma, bastante frecuente en nuestra poesía gnómica:

No hallo mejor alquimia,
Más segura ni probada
Que la lengua refrenada.

(2) *Floresta Española de apotegmas y sentencias, sabia y graciosamente dichas, de algunos españoles; coledidas por Melchior de Santa Cruz de Dueñas, vecino de la ciudad de Toledo. Dirigido al Excmo. Sr. D. Juan de Austria. Impreso con licencia de la C. R. M. en Toledo en Casa de Francisco de Guzmán, 1574. 8.º—272 pp.*

El catálogo más copioso de ediciones de la *Floresta*, que es el formado por Schneider, registra las siguientes: Salamanca, 1576; Valencia, 1580; Salamanca, 1592; Toledo, 1596; Bruselas, 1596 y 1598; Lyon, 1600 (en castellano y francés); Valencia, 1603;